

Miel sobre hojuelas

Antonio Malpica

Aunque usted no lo crea, leí el primer libro de "En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swan" en mi juventud. Completito. Luego, ahí dejé la saga. No sólo porque no me alcanzaba para comprar los siguientes sino porque me daba la impresión de que ese tiempo perdido que buscaba Proust nunca iba a aparecer en esas páginas, por más que avanzara en mi lectura, y eso ya sin mencionar que (al fin joven e irreflexivo) me sentía parte de un trato injusto: ¿Y todo ese tiempo que yo le estaba obsequiando al autor francés, a las arcas de quién iba a parar? En todo caso, lo que más recuerdo de la novela es la obsesión con la que Odette busca a un Swan más que displicente para que, al cabo de bastantes líneas, se tornara en sentido contrario y terminara Swan obsesionado con Odette, ahora totalmente fría, esquiva e indiferente para que, por último, Swann igual tirara la toalla y cada quien para su casa. Joven al fin, yo pensaba que no podía haber mayor engaño en la literatura. Si estás enamorado como lo estuvo Odette de Swan, o Swan de Odette, el final tiene que ser de película, de vivieron felices para siempre, violines y toda la cosa. No me cabía en la cabeza que ella se hartara de él (o viceversa) si estaba tan convencida de que todo iba a ser perfecto; cosa nada más de que la pelara, la aceptara como amiga en Facebook, consintiera acompañarla a ver la película de los Minions (o sus equivalentes de principios del siglo XX, pues) y comenzara un idilio indestructible. Pero basta con vivir un poco para darse cuenta de que fraudes, en el mundo de la ficción, más potentes que el de "vivieron felices para siempre", realmente pocos. Las abuelas tenían muy buena intención al soltar con tanta desfachatez una palabra tan contumaz y delicada como "siempre", probablemente deseando que nadie las molestara con la posibilidad de una secuela, pero igual ellas sabían que era un completo fraude. "¿Y qué pasó después, abue?" Cuando todo el mundo sabe que, en cuanto llega al castillo el estado de cuenta de la tarjeta de crédito que incluye los cargos de la luna de miel, comienzan los verdaderos problemas.

Joven al fin, yo también fantaseaba (ojo con la palabrita) con bastante frecuencia. Por ejemplo, con aquella muchacha que no me hacía caso para nada. Estaba seguro de que, si algún día me pelaba, me aceptaba como amiga en el Face y luego una invitación a ver la película de los Minions (o su equivalente de los años ochenta), todo sería perfecto y terminaríamos casándonos y, claro, siendo felices para siempre. Lo cierto es que, cosa

increíble (aún más increíble que haber leído "Por el camino de swan" antes de tener edad para comprar cerveza) esa chava de la que hablo sí me hizo caso. Y anduvimos. Con todo lo que esto implica. Pero también es cierto que a la hora de tronar, aquello se parecía más a un thriller psicológico de John Carpenter que a un cuento de hadas. (Es increíble lo fácil que puedes pasar, con una persona, de los desplantes de voz de bebé al teléfono, a las amenazas de muerte en lugares públicos.)

Mi punto es que es lo más natural del mundo: Idealizar. Imaginar con los ojos llenos de esperanza.

Fantasear.

"Vivieron felices para siempre." ¿Para siempre? Sí, para siempre. Tenían un fideicomiso a su nombre por parte del rey, así que la tarjeta de crédito se pagaba sola, niño insolente. ¿Y los problemas de impotencia del príncipe, abuela? Oh... en los cuentos de hadas, si hay dragones y unicornios, no veo por qué no haya pastillitas azules, niño insolente y majadero.

Con todo, el asunto es que, aún los esfuerzos más honestos por ficcionar posibilidades llenas de luz, de magia y color, nos llevan inevitablemente a finales distópicos. O, cuando menos, decepcionantes.

Rezongar de la realidad es una cosa pero, aceptar vivir en la fantasía, otra.

No bien dice Peter Pan a Wendy: "Piensa que en vez de estar durmiendo en una cama ridícula podrías venirte conmigo a volar y a decir tonterías a las estrellas" para que, unas cuantas aventuras más adelante, John y Michael le pidan a ésta: "Wendy, vámonos a casa" y ella responda "Inmediatamente", sin vacilar un segundo. Acaso el precio de poder volar (y que es poder morir en cualquier momento a manos de los piratas) parezca demasiado alto ya puesto en la balanza del análisis concienzudo.

La realidad es infecta. Pero la fantasía apuesta otro tanto. De un lado están los libros carentes de ilustraciones y diálogos y del otro están las reinas que, a la menor provocación, sentencian: ¡Que le corten la cabeza!

No todo es color de rosa. Ni siquiera en los reinos con jardines de algodón de azúcar.

A la hora de decidir si canjeamos a nuestros progenitores por otros más divertidos prácticamente nadie acepta intercambiar sus ojos por unos muy monos de botón. "Así qué chiste", parecemos pensar. Y es esto lo que hace a la fantasía asequible: el parangón con la realidad, la posibilidad de usar, con ambas, el mismo rasero. El toma y daca. El castigo y la recompensa. Lo otro, lo excesivamente acolchonado e impregnado de perfume y musiquita feliz se llama utopía y, de acuerdo a su raíz etimológica, nos conduce a lo imaginario, a lo

imposible, a lo irreal. No nos hagamos: la única forma de hacer la fantasía admisible es confiriéndole rasgos distópicos. "Demasiado bueno para ser verdad", parecemos pensar.

Y con justa razón.

Huxley lo sabía. Y ese mundo feliz, hermoso y salvaje se torna una total porquería ya que se le mira con lupa. Al igual que con todo lo que es excesivamente shalalá (shangrilá, podríamos decir en un tono menos liverpool-es-parte-de-mi-vida). Pero, para el caso, es lo mismo. Como un correo electrónico proveniente de algún rey desheredado en Nigeria. O una solicitud de amistad de una top model rusa.

Y vuelvo a mi precaria tesis. Es lo más natural del mundo. El pasto del otro lado de la barda siempre se nos antoja más verde. Y esto aplica para los ambos lados de la barda, claro. La fantasía no es más que ese querer estar en los zapatos de otro, incluso si éste es imaginario. Volar. Viajar en el tiempo. Sacudir una varita y aparecer un sándwich. Pero al menos una ley de la física parece necesitar conservarse para que la fantasía quepa con comodidad en la mente humana, y es ésta: que la energía no se crea ni se destruye, sino que sólo, ejem, se transforma. En "Un mago de Terramar" aparece, si mal no recuerdo, esta misma enseñanza (un poco menos socarrona que la que se imparte en Hogwarts, hay que decir): si apareces un sándwich en tu mesa es porque, en alguna mesa del universo desapareció a su vez un sándwich. Y hazle como quieras. Y asume las consecuencias. Pero eso no le quita seducción a la fantasía, también hay que decirlo. Eso no le quita el atractivo a la posibilidad de permanecer eternamente joven o ser amado por la dama más hermosa o sentirse poderoso, invisible y extático. Dorian Grey, Fausto y Gólum saben de esto; y estoy casi seguro de que volverían a jugar la misma fortuna a la misma carta a la primera oportunidad.

Recuerdo no sin cierto bochorno cuando aquella chava en cuestión me hizo caso. La miel de su presencia sobre las hojuelas de mi cotidianidad parecía algo de lo que jamás, jamás me cansaría. Pero lo hice. Lo hizo. Lo hicimos. (Ella antes que yo, vale la pena el apunte). Y el sueño se tornó poco a poco en pesadilla. Acaso la más pura fantasía sea la inalcanzable, la que se idealiza, la que, por más que se persigue, jamás se consigue.

Pero no necesariamente la cosa más pura es la mejor.

Bien pronto se da uno cuenta de que también las princesas necesitan desodorante. Y lanzar un eructo de vez en cuando. Y decir groserías si chocan el auto.

Y bien por ellas. Esa es la pura verdad.